
EUDES BISPO
Noches de ahora
UNA DE ESAS NOCHES, BAILANDO ENTRE LAS ESTRELLAS.
PENSÉ QUE EL MUNDO ERA NUESTRO, UNA DE ESAS NOCHES.
- SHAWN MENDES

EUDES BISPO

Noches de Ahora

Título: Noches de Ahora

Copyright © 2024 Eudes Bispo

Todos los derechos reservados. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, almacenada en un sistema de recuperación, o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, ya sea electrónico, mecánico, fotocopia, grabación o cualquier otro, sin el permiso previo por escrito del propietario de los derechos de autor, Eudes Bispo.

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y eventos descritos son productos de la imaginación del autor o se utilizan de manera ficticia. Cualquier parecido con eventos reales, establecimientos comerciales, lugares o personas, vivas o fallecidas, es pura coincidencia.

Diseño de Portada: Eudelivros

Vectores de la Portada: Canva Studios y Unsplash

Editado por: Eudelivros

Se recomienda discreción al lector.

Copyright © 2024 por Eudes Bispo

Todos los derechos reservados

Una de esas noches, bailando entre las estrellas.
Pensé que el mundo era nuestro, una de esas noches.
— Shawn Mendes.

Uno

El reloj está parado. Son las cinco cuarenta y cinco de la tarde. No ha pasado ni un minuto desde la última vez que miré el reloj.

El viernes parece haber levantado el ánimo de todos, especialmente el de los clientes que forman una enorme cola esperando a que les preparen sus snacks.

— ¡Es medianoche, pero no son las seis! — se queja Luísa, llevando consigo el portabandejas lleno de bandejas sucias.

Sonrío y vuelvo a escribir en la pantalla de quince pulgadas llena de pedidos. Se llaman los nombres de dos clientes en el panel y me apresuro a entregarles sus bandejas llenas de artículos. Atiendo a los otros tres clientes en la fila antes de que su impaciencia comience a manifestarse. El personal de la cocina me matará.

Les entrego los vasos desechables para que saquen sus refrescos de las máquinas, mientras gano tiempo para que se preparen los demás pedidos en espera. Ha sido un viernes especialmente ajetreado. Ciertamente, no saldremos a tiempo. Creo que el mismo pensamiento cruzó por la mente de Luísa; entrecerró los ojos por un momento antes de volver a centrarse en el mostrador frente a nosotras.

— Veo que esto nos va a sobrar… — refunfuño mientras paso junto a ella y saco los sobres de salsa del armario empotrado en la pared.

— Siempre hay problemas para nosotros — responde, quitándose los auriculares y el micrófono incorporado. — ¡Los pobres nunca tienen oportunidad, hija mía!

Sonrío y entrego más bandejas. Estoy tan cansada de esto que me duele la espalda. Mi último salario me hizo querer tirar mi extracto bancario a la cara de mi jefe y decirle: *¡Adiós! ¡No necesito esa mierda!* De hecho, lo necesito. ¿Hasta cuándo? ¡Tampoco sé! Ser adulto es una mierda. Ser adulto y además pagar facturas es una mierda al cuadrado. Estoy viviendo esperando la hora de irme y ni siquiera me he dado cuenta.

— Incluso estoy pensando en renunciar a salir hoy — digo mirando el rostro de la niña mimada, hija de papá, molesta por el retraso en la cola. — Estoy cansada de las multitudes.

Luísa me mira como si me corriera salsa de tomate por el pelo.

— Ese sería el fin de nuestra amistad. Tienes que ir hoy a este sitio, ¡es increíble! — exclama mientras reparte vasos desechables a dos clientes.

— A ver cuándo salimos primero — le digo, cogiéndola al vuelo. Luísa tiene un brillo especial, siempre me convence para que la siga en todo, no es que no disfrute de su presencia, pero tampoco es que pueda decirle que no.

— ¡Llegaré a tiempo! ¡No estaremos aquí ni un minuto más! — La forma en que levanta el dedo y resalta su uña de gel me hace reír.

— ¿Me hablas a mí? — pregunta la chica rica con un tono altivo.

Me muerdo los dientes y concentro mi mirada en la pantalla, aceptando los pedidos de los clientes mientras hago como que no veo que la expresión de Luísa cambia por completo.

— ¡Cuando te hable, mi amor, lo sabrás! — responde Luísa, todavía con la uña de gel levantada.

La cocina recibe más pedidos de los que esperábamos. Aprovecho para finalizar la lista de pedidos antes de atender el otro mostrador y meterme en medio del intercambio de puyas

entre Luísa y la chica.

— ¡Antonio! — grito, cuando el cliente no contesta la llamada del panel.

— ¡Voy a meterle la mano en la cara a esta chica, ya verás! — Luísa aparece a mi lado golpeando el mostrador. — ¡Déjame servirle ya a esta puta!

Esta vez, cuando miro el reloj, noto que la manecilla marca las seis. *Finalmente*, exhalo. Lo único que puedo pensar es que si llego tarde perderé el autobús y tendré que esperar otros treinta minutos para tomar otro. Sólo tres bandejas más.

— ¡Amor mío, ven por tu merienda de la promoción! — llama Luísa en voz alta. Mi cara se pone morada de vergüenza.

Los ojos de la chica están tan abiertos que le toma tiempo pensar si llevará la bandeja o se esconderá de las miradas. La sonrisa en la cara de Luísa es tan venenosa que temo que devore a la chica mientras se aleja.

— Un día de estos te van a despedir — refunfuño quitándome el delantal.

— Al menos recibiré el subsidio de desempleo. Podrían hacerlo antes del concierto de Luan Santana.

Son las seis y cinco cuando salimos. La risita desenfrenada de Luísa me hace poner los ojos en blanco. Al fin y al cabo, salimos a tiempo, tal y como ella había previsto.

Dos

El autobús sólo tarda veinte minutos en llegar a la calle indicada.

— ¡Te esperamos dentro! — dice Luísa en el breve audio. La música electrónica hace que sea casi imposible escuchar su voz.

Son más de las nueve cuando llego a la entrada de Survival. No soy una gran admiradora de los clubes LGBTQ+, no cuando mis padres me han advertido toda mi vida sobre los peligros de salir sola por la noche. Desde que me mudé para tener más libertad, Luísa insistía en que debía conocer la vida nocturna de Goiânia, igual que había conocido el ajetreo del trabajo.

Me quito la chaqueta negra e inmediatamente me arrepiento de haberla usado en esta noche calurosa. Camino por la calle ondulada y espero en la enorme cola frente a Survival. Una señora me ofrece caramelos en cuanto me ve. Compro dos piruletas, aunque temo que hayan sido manipuladas y mezcladas con drogas.

— ¡Maricón! Ven aquí, *mujer*… — Salto cuando dos chicos se abrazan delante de mí. Contengo la risa ante mi susto y me acerco más a la pared. Espero cualquier señal de movimiento. Pongo mi mejor expresión de confianza, aunque por dentro casi estoy flipando.

Cojo el móvil para avisar a Luísa de que he llegado. Mi batería está al cincuenta por ciento. Tardo media hora en conseguir entrar en recepción y recibir mi pulsera. El ambiente cálido y vivo me recibe como si entrara en una burbuja especial, lanzándome en dirección a una música cada vez más alegre y al olor a cigarrillos y alcohol.

Se me erizan los pelos con el calor humano. Las miradas pasan a mi lado y se alejan, algunas mirándome con interés, otras con ligero reconocimiento. Cubro mis pechos con la chaqueta y escondo debajo la blusa negra más cómoda. Mi ombligo al descubierto, el piercing de tres años viendo la luz por primera vez fuera de casa.

Luísa y un amigo, Ítalo, me saludan en cuanto me ven acercarme entre la multitud. Su mesa está llena de gente, lo que me hace estremecerme. Luísa parece sumamente cómoda. Una de sus piernas está desnuda en el regazo de otro chico con cabello morado, su chaqueta de motociclista está abierta mostrando su top corto de Las Chicas Superpoderosas. Su cabello rubio cae en cascadas, voluminoso, sedoso, totalmente diferente a cuando lo recoge en su estudio en el trabajo. Su piel blanca parece aún más suave bajo esa luz, sus ojos de gato miran en mi dirección, tan verdes que me hacen sonreír.

Sí, una vez estuve enamorada de mi mejor amiga. Es la mierda más cliché del mundo, pero yo estaba… ¿*O todavía lo estoy?* Lo malo es que de su lado, el niño, Ítalo, probablemente estará jugando con las Chicas Superpoderosas en la mano. En cuanto a mí, terminaré la noche viendo *The L Word* esperando al menos perder la virginidad antes de parecer lo suficientemente cachas como para estar con una mujer.

Tenía muchas ganas de poder desnudarme y tener varias citas o arriesgarme en Tinder con una desconocida. Sin embargo, veía demasiados periódicos como para temer por mi vida. Mi carrera de coqueteo lésbico se había ido al garete en el apogeo de mis diecinueve años. Sé que la gente dice que las lesbianas son emocionales, que cuando conocen a una chica rápidamente se mudan, se casan y adoptan un perro. *Bueno,* lo entiendo, *¿sabes?* ? Lo único que pienso cuando veo *The L Word* o leo un romance sáfico en Wattpad es que daría lo que fuera por vivir un cliché así. Daría cualquier cosa por sentir el pelo de Luísa entre mis manos y el calor de su piel contra

la mía. La besaría suavemente y le abriría las piernas para tenerla a la vista, para que mis dedos pudieran deslizarse por sus muslos y alcanzarla…

— ¿Alison? — Luísa grita. — ¿Estás colocada, *joder*? — Y la ola rompió antes de llegar a la orilla.

Sacudo la cabeza.

— Estabas hasta con la boca abierta. ¡Siéntate, bebamos todo hoy! — La sonrisa en su rostro es tan contagiosa que siento que la pereza de antes comienza a disiparse.

Disfruto el sabor de la bebida sin saber cuándo me acostumbré al sabor. Entonces, finalmente, noto los vasos acumulados frente a nosotros, riéndome de las tonterías dichas en la mesa. Es extraño cómo mi cuerpo se siente más a gusto ahora bajo los efectos del alcohol, es como si ya no tuviera miedos, como si las cuerdas que una vez me sujetaban ahora se hubieran roto.

Le pido al camarero otra bebida y noto que una chica me mira fijamente. Creo que su nombre es Denise. Hay un collar plateado alrededor de su cuello y brilla cuando la luz se refleja en su delgado cuello. Su cabello corto está peinado y los voluminosos mechones enmarcan su cabeza en una corona de platino. Ella es extremadamente hermosa y me está mirando. No sé si me mira por lástima, pensando que soy la persona más fea de Survival o si, por pura casualidad, está coqueteando conmigo. Para ser clara, odio que la gente bonita me mire fijamente.

***

Sé que estoy encerrada en una posición que me deja torcida, como si me estuvieran electrocutando, pero mi cuerpo no reacciona mientras sus ojos no dejen los míos.

— ¿Qué opinas de la ciudad ahora que empiezas a salir? — pregunta Ítalo. No puedo deshacer la mueca que se forma tan pronto como me giro en su dirección. De repente, me siento impulsada por una ira involuntaria ante sus palabras. *¿Cómo se atreve a tener ese tono burlón hacia mí?*

Luísa levanta la cabeza y me mira con los ojos entrecerrados. Creo que he mostrado demasiado mi antipatía por él. Los dos tienen una larga historia juntos y siempre me ha molestado su toxicidad. Parece que las mujeres guapas siempre eligen a hombres feos, que creen que no lo son. ¡Un absurdo colosal!

— ¡Me parece increíble! — digo, finalmente, a pesar de que la sinceridad ha desaparecido de mis palabras y el mundo ha dejado de girar. Quizás este sea el momento ideal para beber un poco de agua. — Aunque lo único que hice fue sentarme y mirarte… — agrego dejando las críticas en el aire.

No sé si impulsada por el alcohol o por aburrimiento, me levanto y digo voy al baño. Me toma un tiempo encontrar el camino, mi visión borrosa y mis piernas temblorosas obstaculizan mi intención de seguir adelante.

El reflejo en el espejo del baño es desaliñado, pálido y sudoroso. *¡Dios mío, estoy tan loca!* El pensamiento es tan fuerte que me río y, al mismo tiempo, recojo fuerzas para juntar agua en mis manos y mojarme la cara. Un breve destello de claridad me hace moverme de nuevo. El fuerte olor en el baño empieza a provocarme náuseas.

— ¡Ahí! — Llamo al camarero. — ¿Qué puedes hacer para un aperitivo rápido?

— Un sándwich o un snack de pollo. ¿Cuál prefieres? — responde rápidamente el chico, señalando mi pulsera con su mano.

— ¡Un snack de pollo! — Levanto el brazo para que pueda escanear el código y luego me dirijo hacia la mesa.

Luísa está besando a Ítalo cuando llego. Giro mi cara hacia el mostrador, tratando de distraerme con lo que sea que esté haciendo el grupo a mi lado. Hay una cosa peor que salir de casa sin conocer a nadie, es salir de casa y estar atento a quien pille a todos. En este caso Luísa. Siempre termino sintiéndome fea y fuera de lugar porque nunca nadie me besa. Ser lesbiana reduce mis posibilidades en un doscientos por ciento. A lo sumo aparecerá un idiota borracho y querrá besarme.

No pasa mucho tiempo hasta que llegan la merienda y mi otra bebida. Tengo tanta hambre que como todo casi al instante. Sólo dejo de comer cuando Denise se sienta a mi lado y toma un largo sorbo de su bebida.

— ¡Ey! — digo esperando que no se me peguen trozos de pollo en la sonrisa.

— ¡Ey! — responde ella, tan suavemente que casi parece ronronear.

Levanto las cejas, me apoyo en el banco de madera y vuelvo toda mi atención hacia ella.

— ¿Qué estás bebiendo? — pregunta Denise, levantando mi copa y tocando mi mano con las yemas de sus dedos.

— *Sex on the beach* — respondo tan rápido que me ahogo. — La bebida, ya sabes. ¡No el acto! — *Dios mío, alguien debería cerrarme la boca.*

— Pero el acto tampoco es del todo malo — susurra Denise, su gran sonrisa me hace estremecer. — Cada vez que pienso que Ítalo me va a invitar a salir y voy a lograr algo interesante, inmediatamente me doy cuenta de que es una ilusión…

Entrecierro los ojos y noto que Ítalo y Luísa siguen besándose.

— Hay peores maneras de pasar una noche de viernes — replico.

Denise sonríe y toma otro trago largo.

— Quizás bailar conmigo pueda mejorar tu viernes. — Sus ojos castaños dorados resaltan en la noche. Nunca había visto una combinación tan distinta. A diferencia de otras personas, a Denise no parece importarle caminar con tacones finos por un espacio lleno de extraños mientras toma mi mano. Su esbelta cintura y anchas caderas están enmarcadas en un vestido de satén beige, sus piernas son tan largas que la hacen más alta que yo.

Mis ojos se centran en su mano entrelazada con la mía, la diferencia entre nuestros tonos. Su piel es más oscura que la mía, tiene pequeños puntos brillantes, a la luz de la pista de baile, es como si Denise irradiara.

— ¡Estás muy linda! — es todo lo que digo cuando la veo empezar a bailar. Sus movimientos son lentos, rítmicos con la melodía. Tiene los ojos cerrados, sé que está disfrutando el momento.

— ¡Estás siendo superficial! — ella responde.

— ¿Superficial? — cuestiono riendo de cómo suena la idea en mi mente.

— Me estás idealizando, sin ver quién soy realmente — Denise dijo mientras permanecía con los ojos cerrados, su cuerpo aun moviéndose al ritmo de la melodía. Me detuve a pensar. — Es tan fácil que la gente desee mi cara y mi cuerpo. Dejé las cosas triviales como esas hace mucho tiempo. Lo que de verdad cuenta, lo que de verdad me hace sentir conectada con alguien, es lo que demuestra ser.

Gruñí y la miré fijamente.

— ¿Quieres decir que no aceptas mi cumplido porque no crees en la belleza? — pregunto, corriendo el riesgo de que me viera como grosera.

— La belleza es muy relativa. La belleza es un producto. Es una forma de establecer

poder sobre los demás, sobre lo que debe considerarse bello. En cierto modo, ese elogio puede ser una mala herramienta. Prefiero que alabes mi esencia. Que sientas mi energía más allá de mis atributos. — Denise abrió los ojos y noté que una sombra de tristeza se cernía sobre ellos. — Busco que me sientan, que me comprendan, que me vean… y que no se fijen en mí por algo que cambia según las reglas de otra persona.

— ¿Y qué ganas con eso? — pregunto, jugando con los botones de mi chaqueta.

— ¿No estar sola todo el tiempo?

— Creo que hay muchas maneras de sentirse sola. Incluso cuando eres amado por alguien — comento, exhalando. Vuelvo la cara hacia Luísa y suspiro. — O cuando amas a alguien.

— ¡Entiendo! — responde Denise y se aleja.

— Espera, yo…

Es tarde, ella ya se ha ido. Todo lo que hago es dejar que mi cabeza cuelgue hacia atrás, mis ojos volviéndose hacia las estrellas.

Tres

— ¿Estás segura? — pregunta Luísa, extremadamente borracha y con un aliento terrible.

Sacudo la cabeza y la dejo subir al *Uber* con Ítalo y Denise. Son más de las dos de la madrugada y sus amigos e Ítalo han decidido ir a un *after* cerca de allí. Mi intención era mentir e irme a casa, pero al ver la cara de decepción de Denise me dan ganas de explicarle que no pasa nada entre Luísa y yo, aunque ella ya ha sacado sus propias conclusiones.

Espero quince minutos antes de poder pedir un coche para mí. Es una noche fría y me doy las gracias mentalmente por haber decidido venir en chaqueta.

El conductor es rápido, pronto me dirijo al otro lugar, cansada y con un ojo amenazando con cerrarse por el cansancio. Abro la boca unas quince veces durante el trayecto para bostezar.

— ¡Listo! — anuncia él.

— ¡Gracias, chico! — respondo al salir. Lo compruebo todo y me dirijo a la recepción. Va a ser una noche especialmente fría, lo que me hace desear mi cama.

Una chica sentada en la acera me mira fijamente mientras desbloqueo mi teléfono. *¿Quién estaría loco por pasar un tiempo así fuera de una fiesta en la calle a estas horas?*

— ¡Su documento, por favor! — pregunta el asistente.

Rebusco en todos mis bolsillos e incluso miro en la funda del móvil en busca de mi DNI. ¡Bien! ¡Estoy alarmada! No hay rastro de mi documento por ninguna parte. Vuelvo a rebuscar en mis bolsillos y no hay nada.

— Creo que se habrá quedado con un amigo que está ahí dentro — respondo, riéndome incómoda. Los dos guardias de seguridad me miran con suspicacia.

— Necesita documentación para poder entrar — continúa el asistente.

¡Mierda!

Me alejo del hueco en la pared utilizado para recibir a la gente y envío varios mensajes a Luísa preguntándole por mi DNI. *¡Qué bueno!* La noche realmente estaba resultando genial. Cinco por ciento de batería.

— ¡Son un coñazo! — dice la chica que vi sentada cuando llegué.

— No puedo creer que haya perdido mi documento — dejo escapar. — ¡Debería haberme ido a casa!

— Lo haría, pero no sólo mi teléfono móvil está muerto, sino que mi mejor amigo probablemente esté lleno de polvo hasta las cejas — dice riendo.

Me siento a su lado y me río cuando veo que mi celular también está muerto. *La batería de millones.*

— Parece que tener malos amigos es algo que tenemos en común — digo guardando mi celular. — ¿Por qué no te dejaron entrar? — agrego notando la emoción de la niña por no estar sola.

— DNI dañada. La lavé ayer en la lavadora con la ropa — confiesa, con los ojos traviesos rodando dentro de sus órbitas.

— ¿Quién no lo ha hecho? — Me encojo de hombros

— Me llamo Mariana.

— ¡Encantada de conocerte, soy Alison! — La saludo y su mano cálida y húmeda me hace cosquillas.

Me río nerviosamente. La noche se está calentando sorprendentemente. Me quito la chaqueta y la apoyo en mi regazo, cubriendo mi celular y mis piernas. Mariana mira la avenida vacía y suspira. No puedo evitar notar lo joven que es… Y hermosa.

Mariana lleva un cropped negro que deja al descubierto su definido vientre, dejando al descubierto un pequeño piercing dorado similar al mío. Su piel es tan pareja que el tono oscuro va perfecto por todo su cuerpo. Ella es más delgada que yo, sus clavículas parecen suaves, como si alguien las hubiera dibujado. El cuerpo de alguien que probablemente hace ejercicio.

Me siento un poco inferior, mi autoestima no suele funcionar en momentos como este. Luísa diría que mi complejo de inferioridad es lo que me impide conocer a alguien agradable.

Mariana me devuelve la mirada y en ese milisegundo el mundo se detiene.

— ¿Has venido con alguien? — pregunta Mariana rompiendo el silencio en la avenida.

— ¡Sí! — Mi breve respuesta parece hacerla retroceder. Su lengua forma una torta en su mejilla izquierda. — Estábamos en Survival, resultó que mi amiga quería ir a algún sitio para continuar la fiesta y ¡paramos aquí! — añade, intentando que la conversación no muera ahí.

Mariana entrecierra los ojos y resopla.

— ¿Survival? Diablos, ni siquiera deberías mezclarte con la gente común — dice, sacudiendo la cabeza.

Noto que los mechones de su cabello se deslizan por sus hombros, cubriendo su clavícula y superponiéndose a la blusa corta.

— No soy muy partidaria de ir a lugares así — confieso encogiéndome de hombros. Mariana tiene la cabeza inclinada hacia mí, un poco ladeada. Sus ojos color miel me miran mientras formo mis palabras. — Mi amiga que prácticamente me obligó a salir hoy. Soy más del tipo que se queda en casa viendo The L Word y leyendo…

Dejo de balbucear cuando veo crecer su sonrisa. Sólo puedo admirar su sonrisa, sus pequeños dientes se vuelven más prominentes a medida que abre los labios. No sé si es por la bebida, pero me siento obligado a extender la mano, tocarle la mejilla y besarla. Nunca antes había sentido esto con tanta fuerza. De hecho, nunca me lo había permitido.

— Me encanta The L Word. Necesitamos más series como ésta, donde podamos ver nuestras realidades, nuestras elecciones de vida, tener alguien a quien admirar — comenta, mirando al frente, aún manteniendo la sonrisa en su rostro. Por un momento, parece pensar en algo. Sus ojos se desvanecen y la sonrisa queda contenida entre sus labios. — ¡Me siento uno más de los personajes ahora, en esos momentos en los que estamos decepcionados y suena esa canción instrumental para emocionarnos! No es que su presencia sea mala, digo por el momento, sentada en la calle, en mitad de la noche… Sola — añade, mirándome.

Me muerdo el labio con fuerza y la miro a los ojos mientras me contengo para no ceder a mis impulsos. Mariana es lesbiana, al menos eso me dice ver mi programa favorito. Quizás estoy creando expectativas basadas en cosas no concretas, pero mi mente está nublada por el alcohol. No puedo pensar con sensatez. ¡Ella es muy hermosa!

— ¿Es un poco pronto para decir que estoy cansada de esto? — le pregunto con los ojos clavados en los suyos.

Mariana levanta las cejas y suspira.

— ¿Estás cansada de las fiestas?

Yo me río. Obviamente coqueteando con ella.

— ¡Cansada de estar sola! — respondo, mirándola conectar los puntos.

Nos miramos fijamente durante mucho tiempo. En otra situación ya me sentiría incómodo, pero allí con ella no siento ninguna molestia.

— Podríamos tomar un refrigerio en algún lado. ¡Hay una lanchonete cerca! Además, así no quedaríamos expuestos en la calle… — sugiere. Asiento con la cabeza.

Como si fuera una señal, aparece un autobús en la avenida y corremos hacia la parada. Mariana me grita que no corra tanto, ya está sin aliento, tiene la boca abierta y los ojos desorbitados de manera divertida. Nos subimos al autobús riendo.

Sé que existen muchos peligros al involucrarse con un extraño. Sin embargo, Mariana transmite un sentimiento que nunca había sentido. Algo puro, real y fuerte. Lo único en lo que puedo pensar es en seguirla por el autobús y mirarla toda la noche.

En algún momento sé que esto terminará. Sé que el frenesí dará paso a una migraña, y la felicidad de ese momento se convertirá en un día insípido. Evito que mi decepción momentánea se haga evidente. Cuando Mariana se sienta en el banco de atrás del autobús, yo estoy junto a ella.

No sé cuando la conversación se volvió tan íntima, pero pronto mi mano descansa sobre la de ella y nuestros dedos se entrelazan. Siento la piel de gallina recorrer mi cuerpo cuando ella se inclina y apoya su cabeza en mi hombro izquierdo, mi mejilla tocando la parte superior de su cabeza.

Ese segundo, tan simple y breve, hace que mi corazón se calme, ralentizando sus latidos y haciendo que mi cuerpo se relaje mientras el autobús continúa su camino. Nuestras manos permanecen entrelazadas, mis ojos deambulan por el autobús vacío, centrándose en los detalles más pequeños.

Nos acercamos al punto final. No quiero alejarla. Quiero quedarme en ese autobús para siempre, sintiendo su cuerpo contra el mío, su mano en la mía. Es todo tan surrealista que ni siquiera sé cómo está pasando esto. Lo único que sé con seguridad es que no quiero que esto termine.

Cuatro

Ahora el aire frío nos golpea con más fuerza, el calor ha quedado atrás. Le presto mi chaqueta para que Mariana se caliente e inmediatamente nos sentamos en las sillas dispuestas en la acera. Dos jóvenes se apresuran a llevar bocadillos a las otras mesas y noto que la mayoría son jóvenes que probablemente han abandonado los clubes locales. Me relaja ver parejas gays cerca de nosotros. Sigo cogida de la mano de Mariana. No estoy segura de lo que eso significa, pero no hago ningún movimiento para soltarla. Es tan absurdo que esté cogido de la mano de una desconocida que solo recuerdo cuando Luísa salía a ligar con chicos en las fiestas cuando yo estaba con ella. Ahora la situación parece haberse invertido

— ¡Estoy hambrienta! — dice de repente, sacando el menú con la mano libre. Sus ojos escanean las opciones y se inclina hacia mí para mostrarme algo que le gustó. — ¡Esto es genial! Siempre como aquí, cuando voy a trabajar — comenta leyendo los ingredientes. No oigo ni una palabra de lo que dice. Sus labios captan toda mi atención, están tan cerca que con un centímetro más mis labios rozarían su sien derecha. Cuando vuelve la cara hacia mí, nuestros rostros están tan cerca que nuestras respiraciones se cruzan.

— Yo elijo lo que tú elijas — digo murmurando para que solo ella pueda escuchar, mi voz tomando un tono ronco.

— En ese caso, tengo una gran responsabilidad — responde ella, humedeciendo sus labios con la lengua.

— Tenemos toda la mañana para que elijas — digo dejando en el aire la sugerencia de mis intenciones. Estoy un poco sorprendida por mi determinación. El alcohol realmente cambia a las personas, aunque siento que cada vez más se disipa de mi cuerpo.

— Nunca fui buena con las elecciones… — comenta, diciendo más de lo que puedo descifrar en ese momento. Sus ojos tiemblan. Levanto mi mano libre y toco su mejilla, la piel tiene un tono más resaltado debido a la base más oscura, lo que resalta aún más su belleza. A diferencia de Luísa, lo que siento ahora me hace querer besarla y no sólo admirarla. Mariana tiene ese efecto en mí. — ¡Soy mejor con las acciones! — ella agrega.

Ahora mismo no me importa si alguien está mirando o no. Me importa una mierda si mi interpretación es incorrecta. Todo lo que hago es hundir mis labios en los de ella y ceder al deseo que se acumula en mi pecho.

Su boca busca la mía suavemente, transmitiéndome una calma y un control que no poseo. Mariana sabe lo que hace. Ella sabe cómo hacerme desear más. Y cuando me alejo de sus labios, siento que me da un beso rápido antes de volver a concentrarse en el menú. Lo único que puedo hacer es reír. Riendo de la extrema felicidad que me inunda. Algunos jóvenes nos miran desde la otra mesa, con ojos complacientes con nuestra actuación. Bajo la cabeza y suspiro, conteniendo mi emoción. La noche transcurre tan bien que lo siguiente que recuerdo es que ya habíamos terminado nuestra merienda y nos estábamos besando continuamente. La noche es cada vez más brillante, pronto será reemplazada por el día y tendré que decirle adiós.

Mariana me cuenta poco sobre su vida. De hecho, no le doy espacio, me agita demasiado la idea de seguir besándola. Nunca había hecho esto antes. Nunca había conectado así con una chica. Es bueno, en un sentido al que apuesto que Luísa está acostumbrada. Parece que me he mordido la lengua por criticarla por meterse con todo el mundo.

Levanto la mano y le pido al camarero que se acerque a nuestra mesa. Le pido prestado papel y un bolígrafo y cuando me los trae, le pongo mi número y lo guardo en la mano abierta de Mariana.

— ¿Quieres que te envíe un mensaje de texto más tarde? — su pregunta es tan sincera que siento un dolor en el pecho.

— ¡Me encantaría!

Mariana sonríe y vuelve a encajar en mi cuerpo.

— Entonces lo enviaré — dice, sus labios tocando la piel de mi cuello.

— Cuento con ella… — murmuro.

***

Me despido de ella cuando llega el autobús. Mariana está cansada, lo noto por sus ojos hinchados y lo somnolienta que está. Decidió no esperar a su amigo, sería una pérdida de tiempo. Cuando sube al autobús, se da vuelta y me besa en la cabeza.

— Me alegro de no haber estado sola afuera — dice, todavía de espaldas al conductor. — Fue un placer conocerte, a pesar de la situación. La gente normalmente no se me acerca así. Normalmente, no dejo que las chicas se me acerquen así. ¡Gracias por la compañía, Alison!

— Estoy feliz de haber perdido mi identificación. — Sonrío, haciéndola sonreír conmigo. — ¡Me siento realmente orgullosa de eso! — concluyo, sacudiendo la cabeza ante mi imaginación.

— Tengo que ir ahora. Tu chaqueta… — Me entrega la pieza y un escalofrío recorre mi espalda.

— ¡Adiós! — Susurro, levantando los lados de mis labios a pesar de que quieren desmoronarse.

Antes de que pueda responder, la puerta del autobús se cierra y ella se va. Sus ojos todavía me miran mientras desaparece. Respiro profundamente, en parte para aliviar el dolor de mi espalda, en parte para evitar romper a llorar en ese mismo momento.

Sé que la gente no se siente comprometida cuando conoce a otras personas en lugares como este. Sin embargo, me duele el pecho con ganas de más. Necesito más que este sentimiento de vacío y no pertenencia. Siento dentro de mí el anhelo de tener a alguien, de reír y decir tonterías con alguien que aún no conozco. Esta noche me mostró eso.

Quiero más que querer a alguien que no se sienta atraído por mí. Quiero más que una sola noche con alguien que encuentro encantador. ¿Realmente tengo que rendirme al estándar de lo que hacen los demás? ¿Salir, beber, festejar, besar, tener sexo e impulsar tu vida como estas noches de ahora, sin experimentar el amor de forma definitiva y diaria con la misma persona?

Ni siquiera puedo decir si amo a una persona, dos o más. Nunca me permití eso. Nunca pensé que fuera suficiente para eso.

En cierto modo lo que quería era ver ese autobús parando y a Mariana corriendo hacia mí pidiendo unos minutos más. Pero acabo de conocerla y ella a mí. Tal vez el anhelo y la soledad me están volviendo necesitada o tal vez simplemente estoy cansada de esta mierda de no poder sentir.

Cinco

Me despierto de mal humor. La luz gris que se filtra a través de las cortinas no hace más que profundizar mi melancolía. Mis lentos pasos resuenan en el pasillo mientras me arrastro hacia la cocina. Los auriculares estallaron en mis oídos con *Those Eyes* de *New West*, una melodía melancólica que hace eco de mi espíritu en ese momento oscuro. El sonido de la fuerte lluvia afuera se mezcla con mi estado de ánimo sombrío, convirtiendo mi viaje a la parada del autobús en una escena de un videoclip de *Lana del Rey*.

Mi teléfono, completamente cargado, parpadea en la pantalla, pero no aparecen nuevas notificaciones. La esperanza de un mensaje de Mariana se desvanece, dejándome con una sensación de vacío. Los únicos mensajes que aparecen son los de Luísa, pero los ignoro por completo, inmersa en mi propia tristeza.

Subo al autobús y los rostros cansados de los pasajeros reflejan mi propio estado de ánimo. Me acomodo en un asiento, perdida en mis pensamientos, mientras el sonido de la lluvia golpeando contra las ventanas me adormece en una tristeza pacífica.

En el trabajo, mi falta de entusiasmo no pasa desapercibida. Los pocos saludos que murmuro son recibidos con miradas de compasión. Mientras lleno el compartimento de la máquina de hielo, me pierdo en tareas mundanas, utilizando el trabajo como una forma de escapar del dolor que siento por dentro.

— Mira, si te vas a enojar porque ayer estuve colocada, ¡está bien! Pero dejarme en el vacío hace que me suden las tetas. ¡Eso es horrible! — Luísa me detiene cuando vuelvo al frente, intentando romper mi burbuja de tristeza.

— Lo que te hace sudar los pechos tiene nombre y polla — replico, tropezando con ella al pasar, con la voz espesa de asco.

— *¡Ay!* — se queja Luísa. — Hizo sudar otras partes también. De todos modos, el punto aquí es, ¿qué diablos hice para que me odies ahora? Estaba más perdida que un pulpo en un garaje, ni siquiera sé cómo llegué a casa — continúa, ignorando mi tono brusco.

Pongo los ojos en blanco y tiro el compartimento sobre el mostrador. El personal de limpieza me mira con los ojos muy abiertos.

— ¿Podrías dejarme hacer mi trabajo en paz? *¡Qué saco!* — replico buscando refugio en el baño.

— ¡Vale, madre de la ignorancia!

Dejo atrás a Luísa perpleja y entro al estrecho espacio del baño de mujeres. Me lavo la cara, intentando sacudirme la tristeza que me consume, pero la ausencia de mensajes de Mariana pesa en mi mente.

Tal vez ha perdido el número, creo. No sería sorprendente dada mi suerte. O tal vez simplemente no estaba interesada en prolongar algo con un extraño. *¡Dios!* Ni siquiera sé por qué estoy perdiendo la cabeza de esta manera.

Respiro profundamente, tratando de reunir fuerzas para afrontar el resto del día, decidida a superar este dolor y seguir adelante.

***

Estoy cerrando la caja cuando se acerca Luísa con una bandeja llena de sándwiches, patatas fritas, refrescos y helado. Su sonrisa es una mezcla de disculpa y preocupación, pero sólo me hace reír exhausta.

Sentadas al fondo de la cafetería, enfrentamos la mirada turbia de la noche. Luísa tira su gorra sobre la mesa y comienza a peinar sus mechones rubios con los dedos, mientras yo apenas tengo fuerzas para quitarme la gorra.

— ¡Ahora cuéntame qué pasó, por favor! — suplica, con las manos juntas en oración.

— Conocí a alguien… — empiezo, pero la interrumpo antes de que su sonrisa crezca. — ¡Todo salió mal! — revelo, sin rodeos.

—¿Fue Denise? — pregunta Luísa, alzando las cejas por la sorpresa. —Eso explica por qué estaba tan enojada en la fiesta…

— ¡No! — Me rasco la cabeza. — Conocí a alguien más. Todo iba bien, al menos eso pensaba. Pero hoy no me envió mensajes de texto ni me llamó — muerdo con fuerza una papa y trago con fuerza. — Tal vez sea su manera de no querer comprometerse a dejarme, ya que probablemente no me volverá a ver nunca más. — La frustración es evidente en mi tono. Tomo un largo trago de refresco y vuelvo a centrarme en las patatas.

Luísa permanece sorprendentemente tranquila. Pocas cosas lograron hacerla reflexiva en la vida.

— Quizás sólo quería algo para una noche… — sugiere Luísa.

— Me dejó claro que quería sentir algo más por alguien — replico.

— *Para alguien*… ¡No para ti! — contrarresta Luísa, pero poco después parece arrepentirse. — ¡Lo siento, fui insensible!

— ¡Joder! — confirmo, pero nos reímos.

— Está cogiendo mucho de mí, hasta está imitando mis palabrotas.

Estoy tan molesta que la comida se me queda atascada en la garganta. Mi celular sigue mostrando el mismo mensaje.

No hay notificaciones.

— ¡Va a quedar todo bien! Si no recibes un mensaje de ella, mañana buscaremos otras personas para que conozcas y te quedes — dice Luísa, levantando los pulgares en señal positiva. — Y a alguna chica de este país le gustarás como te mereces.

— Pero conecté con ella, ¿sabes? — murmuro.

Luísa suspira.

— ¡Yo sé! Ahora come rápido y lloremos en el autobús antes de que nos deje atrás — comenta Luísa, riendo.

Resistí la tentación de tirarle una patata. Como lo más rápido que puedo y pronto nos dirigimos hacia el punto. Cerramos la cafetería y Luísa se queda con las llaves. Simplemente, odio trabajar los sábados, pero ¿qué opción tengo?

Estoy pasando por el torniquete del autobús cuando mi celular vibra. Cojo el dispositivo sin interés, pero lo que veo me sorprende: un código de área desconocido 062.

Contengo un grito y tiro de Luísa para que pueda ver, casi atrapándola en el torniquete.

— Ella envió un mensaje. — Dejé escapar un pequeño grito de emoción, mi boca está tan abierta que me duelen los músculos faciales.

— ¡Responde! ¡Ahora mismo! — Luísa parece tan sorprendida como yo.

Nos reímos mientras trato de evitar que me tiemblen las manos. Nos sentamos en el

banco más cercano a la puerta de salida del autobús.

Mis dedos escriben apresuradamente:

21h05min: ¡Hola!

Y entonces Mariana responde:

21h06min: Guardé tu contacto. Estaba ocupada aquí y no podía enviar un mensaje antes.

21h06min: ¡Hola!

Y en ese instante, como por arte de magia, todo mi mundo explota en un millón de puntos brillantes llenos de felicidad. Ella respondió a mi mensaje.

Mariana guardó mi contacto.

Agradecimientos

¡Hola lectores! ¡Y aquí estamos una vez más!

Escribir esta historia fue una experiencia increíble , más de lo que imaginé que sería. Me interesan especialmente las historias de Denise y Luísa y cómo se desarrollan. Creo que serían excelentes secuelas de esta historia.

Escribir no siempre es fácil. Hay que determinar dónde empieza y dónde acaba. En este caso, la inspiración vino de muchas historias que no tenían un final “satisfactorio”, como la realidad. Los contactos no siempre se salvan, ¿verdad?

Así que, ¡sí! Veremos más de Mariana y Alison, quizá en futuras historias sobre otros personajes de este universo. Quiero que puedas imaginar lo que pasó después de ese intercambio de "Hola" sin que yo tenga que mostrártelo todo.

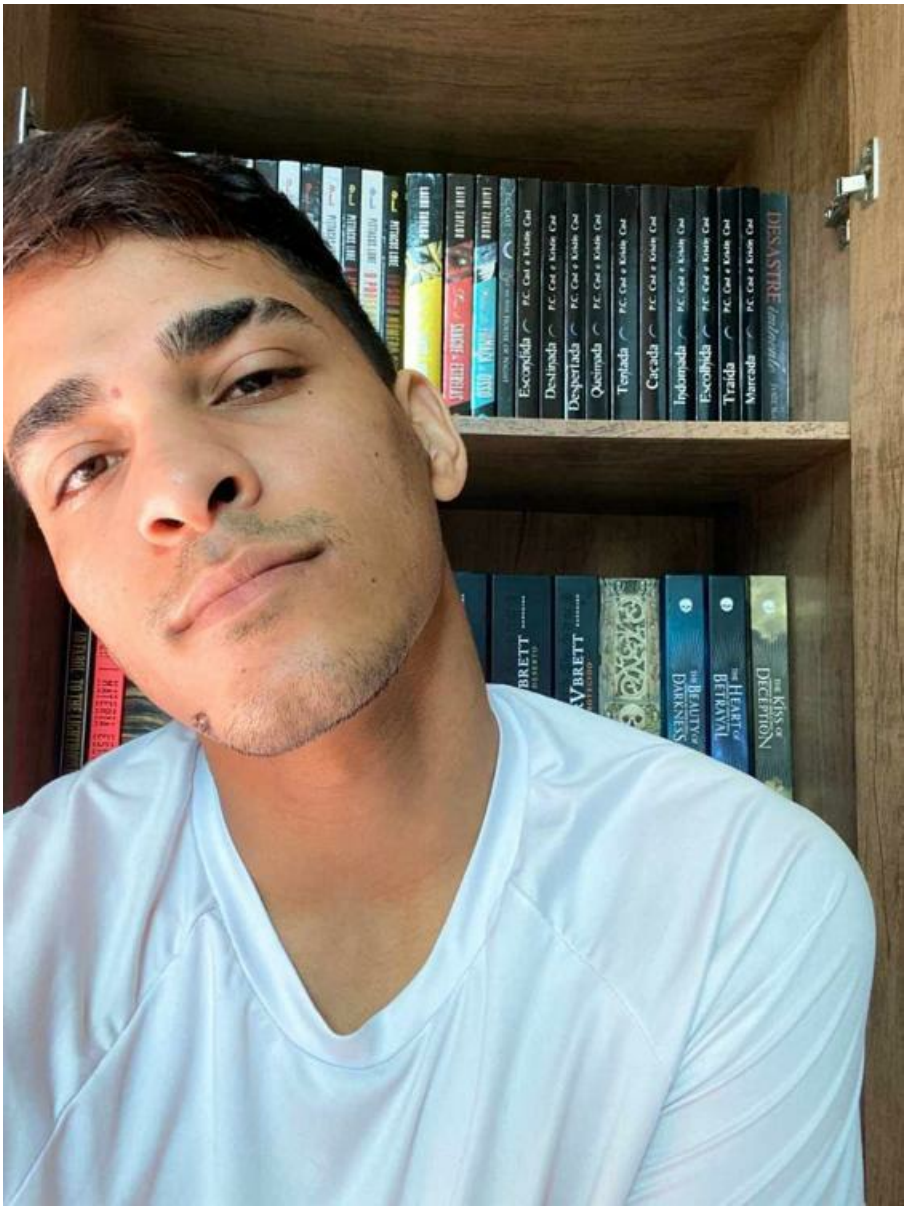
¡Vamos allá! Me gustaría dar las gracias a mis compañeros literarios, amigos escritores y amigos íntimos por sus conversaciones, consejos e ideas a lo largo de estos años como escritora. ¡Sois increíbles! Hemos alcanzado un hito impresionante y ¡me siento muy feliz por ello!

Mi agradecimiento más importante es para ti, lector, que me has acompañado en este viaje. Que haya más y más obras y personajes para llenar tus días y tus noches, ¡siempre positivamente!

¡Que estas noches sean ahora aún más agradables en vuestras vidas en este nuevo ciclo!

Atentamente,
Eudes Bispo.

Sobre el Autor



Eudes Bispo nació en un pueblo casi olvidado de Bahía, tiene 26 años y es sagitario. Es un escritor LGBTQIAP+, bloguero en @eudesbipoauthor y un lector compulsivo. Además, es estudiante de Letras - Portugués/Inglés y tiene una pasión por la literatura y el mundo de la traducción. Eudes es adicto a las series de suspenso, acción y fantasía, siempre en busca de algo prometedor para ver, aunque sus preferencias en los libros no estén bien definidas.

Su viaje en la lectura comenzó con los libros infantiles que tenía en casa, y desde entonces, se enamoró por completo de la literatura. Eudes siempre ha creado historias y coleccionado personajes, y en la adolescencia, se aventuró en su primera novela publicada en

Wattpad, una plataforma de publicación en línea. También fue finalista en un concurso de microrrelatos y tiene cuentos publicados en antologías.

En 2019, Eudes publicó de forma independiente el cuento "Perca Tudo" en Amazon. "Para Sempre Somos Jovens" (2019) fue su última novela publicada ese año. Ya en 2021, lanzó su primera novela juvenil titulada "Sangue Jovem - Perdidos no Silêncio", que es el primer libro de una trilogía planeada y ya ha conquistado a más de 12 mil lectores.

Adepto de un buen té helado y buenas compañías, Eudes desea seguir escribiendo las historias que lo han acompañado durante tantos años y también contribuir a la visibilidad y el respeto a la comunidad LGBTQIAP+.

Sigue al autor

Sigue a Eudes Bispo

Instagram literario: https://www.instagram.com/eudesbispoauthor?utm_source=ig_web_button_share_sheet&igsh=ZDNlZDc0MzIxNw==
YouTube: https://www.youtube.com/@eudelivros9986
Twitter: https://mobile.twitter.com/eudes_oficial
Podcast: https://anchor.fm/eudelivros
Amazon: https://www.amazon.com.br/Eudes-Bispo/e/B0925BHS5S%3Fref=dbs_a_mng_rwt_scns_share

Copyright © 2024 Eudes Bispo

Noches de Ahora © EUDES BISPO